

*La locura de
lord Fenton*

La locura de lord Fenton

Originally published in English under the title:
Lord Fenton's Folly

Copyright © 2015 Josi S. Kilpack

Spanish translation © 2020 Libros de Seda, S.L.
Published under license from Shadow Mountain.

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de cubierta: © Ilona Wellmann/Arcangel Images

Primera edición: octubre de 2020

Depósito legal: M. XX.XXX-2020
ISBN: 978-84-17626-27-3

Impreso en España – *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*La locura de
lord Fenton*



JOSI S. KILPACK

Libros de
seda

Para Linda
1948-2013

Capítulo 1

Lord Fenton, Charles Archibald Theler, corrió lo más rápido que pudo en dirección al pequeño cobertizo situado justo tras los primeros árboles. El adolescente no estaba seguro de si en realidad huía del fuego o, más bien, de la posibilidad de que lo vieran en las proximidades. El hecho de que alguien, fuera quien fuese, lo localizara en la escena del incendio, le ocasionaría problemas.

Llegó a la altura de la puerta, que ya hacía varios años había sido arrancada de sus bisagras, y se agarró con fuerza al destrozado marco de madera. Se volvió para mirar alrededor al tiempo que se apartaba el pelo de la frente sudorosa. Miró hacia el cielo y después fijó la vista en la columna de humo blanco que se elevaba desde la zona del campo de la que acababa de huir. Las llamas surgían de la hierba seca a mucha más velocidad de la que había previsto, ennegreciéndose como si fueran petróleo. El fuego avanzaba en todas direcciones. Le pareció un ejército desplegándose para detener al enemigo en todos los frentes. Ya habían ardido unos cinco metros cuadrados cuando se dio cuenta de que tenía que salir corriendo, aunque eso le impidiera supervisar adecuadamente su obra.

Una vez a salvo en la entrada del cobertizo, se sentía casi tan fascinado como asustado por lo que había hecho. Esperaba que el fuego no continuase avanzando. Su único objetivo había sido quemar la hierba seca, no iniciar un incendio voraz.

—Vamos —pronunció en voz alta, entre jadeos causados por el esfuerzo de la carrera, mirando al cielo con gesto de

expectación. ¿Y si se incendiaba todo el bosque? ¿Y si, pese a su minucioso plan, alguien resultaba herido?—. ¡Vamos! —repetió, esta vez ya con claro tono de súplica.

Momentos después, su ruego fue atendido. Los cielos estallaron en un fuerte chaparrón, algo muy habitual en Inglaterra en esa y otras épocas del año. No se trataba de una simple llovizna tan propia de la ciudad, no. Caía un torrente. La primera tormenta importante que descargaba sobre el condado de Essex desde hacía más de un mes.

Todas las dichosas tardes de esa condenada semana el señor Stanbridge y su padre habían hablado acerca de la inusual sequía que estaba sufriendo el condado. Fueron precisamente esas insulsas conversaciones las que llevaron al joven Fenton, de dieciséis años, que pasaba unas cortas vacaciones en la finca campestre del señor Stanbridge y se aburría como una ostra, a urdir un plan que la mayoría consideraría una gamberrada casi delictiva, pero que él, buen alumno de Eton, prefería considerar un experimento científico. Los avances de la ciencia surgían siempre a partir de una pregunta y sus posibles respuestas. Por ejemplo, la relación entre las mareas y las fases de la luna, con sus alteraciones gravitatorias, habían logrado transformar para bien muchas actividades, simplemente porque alguien, en algún momento, se planteó la pregunta y procedió a responderla a base de observaciones y experimentos.

¿Cómo ardería un campo de hierba que no recibía una gota de agua desde hacía cuatro semanas? Seguro que el profesor de ciencias no consideraría importante tal pregunta, pero a medida que pasaban los días en la hacienda campestre, la curiosidad de Fenton se incrementaba. ¿La hierba seca ardería mínimamente, sin más? Pese a que hacía tiempo que no llovía, Inglaterra era un país muy húmedo, por lo que la hierba podría no estar tan seca. ¿O bien se formaría una gran lengua de fuego? Diseñó un plan, a su parecer infalible, y siguió todos los pasos. ¡Y lo disfrutó!

—¿Has prendido tú el fuego?

—¡Por Dios bendito! —exclamó Fenton, sobresaltado, al tiempo que miraba a su alrededor, apretando la espalda contra el marco de la puerta. El corazón le latía a toda velocidad. Cuando se dio cuenta de que quien le hablaba era una niña sentada sobre un cubo vuelto del revés, se relajó algo, pero no demasiado. Reconoció a Alice, la hija pequeña del mismísimo señor Stanbridge. Si le contaba a su padre lo que había visto, estaba perdido. Afortunadamente, poco antes había descubierto que, cuando se lo proponía, podía comportarse de una manera encantadora, sobre todo con las damas. Y como se trataba de una dama, eso sí, muy joven, pensó que con toda seguridad podría desplegar sus recién descubiertos encantos también con ella.

Forzó una sonrisa para ocultar la expresión de sorpresa que sin duda había mostrado inicialmente y se relajó al darse cuenta de que la lluvia seguía cayendo con fuerza. Incluso el agua empezaba a filtrarse por el tejado del cobertizo, aunque de momento no era preocupante.

—¿Qué fuego? —Señaló hacia fuera. Lo único que se veía desde allí era la lluvia cayendo. Simuló no notar el olor a quemado, mezclado con humedad, que inundaba el aire. Deslizó el yesquero, que había sustraído de la repisa de la chimenea de la biblioteca, en la parte de atrás del ceñidor de la cintura y lo dejó caer a lo largo de la pernera izquierda del bombacho, que terminaba introduciéndose en la bota—. Lo que sí he hecho ha sido desencadenar la lluvia, por si te interesa.

—Dios es quien hace que llueva —replicó Alice. Lo miró. Tenía los ojos color avellana en una armoniosa cara redondeada. Aparentaba entre ocho y nueve años. Normalmente no se unía al grupo de invitados para participar en las actividades que Fenton encontraba extremadamente aburridas.

—¿Estás segura de que Dios sabía que la lluvia era necesaria? —Intentaba adivinar cuál sería la mejor manera de ganarse su confianza—. Puede que haya escuchado mis súplicas para que lloviera. Soy vizconde, ¿sabes?, y algún día seré conde. La nobleza dirige el mundo.

La niña abrió mucho los ojos. Fenton no supo interpretar su reacción. Tal vez dudaba de la veracidad de sus palabras, o quizá las consideraba una blasfemia. ¿Sería muy devota? Esa posibilidad no le vendía nada bien.

—La nobleza participa y ayuda en el gobierno de Inglaterra, pero aún somos una monarquía —arguyó Alice, con voz algo temblorosa—. El rey Fernando es de nuevo el monarca de España, mientras que en las antiguas colonias inglesas de América manda un presidente, porque el país es una república. Nadie dirige el mundo, salvo Dios, y nadie está en condiciones de decirle a Dios qué es lo que tiene que hacer. —Se levantó y se estiró las faldas, que terminaban unos centímetros por encima de los tobillos. Era delgada y no muy alta, llevaba un vestido azul y tenía la piel bastante morena y pecas en la nariz, lo que era un claro indicio de que salía mucho de casa sin sombrero. Se acercó al umbral del cobertizo para echar un vistazo afuera, procurando mantenerse lo más alejada posible de él. La lluvia era algo menos intensa. Observó la zona del campo quemada y después, levantando la cabeza, volvió a mirarlo a él, que era unos treinta centímetros más alto—. Tienes suerte de que Dios haya decidido apagar tu fuego; si no, me habrías quemado y habrías ido derechito al infierno.

No pudo evitar reírse de la ocurrencia, entre otras cosas porque ella misma sonrió y estuvo seguro de que, finalmente, la conversación iba a terminar bien para él.

—Bueno, pues entonces sí que tengo mucha suerte —concedió, asintiendo con la cabeza—. Aunque, como mi padre se entere de lo que he hecho, acabaré en el purgatorio. En todo

caso, debo decirte que todo estaba calculado, ¿sabes? Llevo varios días observando el cielo, y esta tormenta se acercaba desde el oeste a suficiente velocidad, minuto más, minuto menos, teniendo en cuenta la proximidad de las nubes y el tiempo que tardaban en sonar los truenos tras los relámpagos. —Alzó el reloj que llevaba en la cintura, como para probar sus argumentos.

La niña miró el reloj y después el campo empapado. Sin fuego ni humo, el resultado no era tan impresionante.

—De todas maneras, el fuego podría haberme alcanzado.

—También podrías haber corrido. En cualquier caso, ¿qué haces sola en este cobertizo, tan lejos de la casa?

Frunció el ceño e hizo un leve puchero.

—Todo el mundo se va a Londres menos yo. Odio que se marchen y me dejen aquí.

Fenton intentó pensar en algo frívolo que decir para consolar a la niña. Pero no hacía mucho tiempo que había superado ese mismo sentimiento, así que no pudo evitar comprenderla.

—Yo también odiaba que me dejaran solo. —reconoció. Se recordó a sí mismo de pie junto a la ventana de la guardería, observando como desaparecía por el camino el carruaje en el que iban sus padres. A su padre no parecía importarle marcharse, incluso hasta puede que le apeteciera, pero su madre siempre lloraba cuando lo dejaban, y casi lo ahogaba con abrazos y besos, acompañados de disculpas, hasta que el conde le recordaba con impaciencia que tenían que irse ya—. Siempre me he preguntado por qué ella se marchaba si parecía sentirse tan mal cuando lo hacía.

—¿A quién te refieres? ¿A tu hermana?

Fenton no se había dado cuenta de que había pronunciado en voz alta la última parte de sus pensamientos.

—Me refiero a mi madre. —No se sintió muy a gusto al compartir la confidencia. Era algo muy personal. De hecho, nunca se lo había confesado a nadie. *Lady Chariton* había

insistido en que su hijo fuera educado en casa hasta que, hacía tres años, el padre de Fenton decidió enviarlo a Eton. A él no le gustaba la escuela, pero jamás admitiría que la razón más importante era que echaba muchísimo de menos a su madre.

—Yo tengo dos hermanas y un padre que me abandonan —dijo Alice, mirando de nuevo hacia el campo—. Pero no tengo madre.

Fenton se preguntó si debía comentarle las miraditas y los coqueteos que había podido observar entre el padre de la niña y la viuda *lady* Foust. Decidió no hacerlo. También recordó vívidamente lo que había visto la semana anterior, cuando llegó de la escuela un día antes de lo previsto y presencié una situación comprometida entre una criada y su propio padre. Entendió entonces otros incidentes, con mujeres que estaban donde no debían y las atenciones de su padre hacia ellas, que no se correspondían ni mucho menos con su posición en la sociedad. Quería olvidar la reacción de su madre cuando le contó lo que había visto. Le pareció que lo más natural era pedirle a su madre que le ayudara a entender lo que había presenciado, pero enseguida se dio cuenta del daño que le había causado. Sintió que sus palabras se hundían en ella como un cuchillo muy afilado y se odió por ello.

Un suspiro de Alice sacó a Fenton de su ensimismamiento.

—La semana que viene todo el mundo se va a ir a Londres. Va a ser la primera vez que me quede completamente sola en Warren House. —Se detuvo y soltó un pequeño bufido—. Todo el mundo me trata como si fuera una niña pequeña, solo porque soy la más joven. Cumpliré los once justo después de la noche de las hogueras, ¿sabes?

—Eso es en noviembre, lo cual significa que tienes diez años y medio.

La muchacha entrecerró los ojos. Él no pudo evitar sonreír ante la sinceridad de su reacción.

—Lo que tienes que hacer es pensar en algo que puedas hacer cuando se hayan ido todos, algo divertido. Si mantienes la mente ocupada y activa, seguro que ni te aburres ni te deprimes.

—¿Cómo prender fuego al campo?

Fenton volvió a sonreír. Le estaba resultando difícil llevar la batuta de la conversación.

—Pues la verdad, no te lo recomiendo. Como te he explicado, ha sido un experimento científico basado en circunstancias únicas, que no es fácil que se repitan. ¿Te gusta leer?

—Solo me dejan leer libros infantiles.

—¿Hacer cálculos matemáticos?

—No.

—¿Montar en poni?

—Los caballos me hacen estornudar y después me pica la piel.

Fenton rebuscó en su mente qué actividades podrían interesarle a una niña, aunque se preguntó por qué estaba manteniendo una conversación tan absurda. La respuesta a eso estaba clara: tenía que ganarse su confianza para evitar que contara lo ocurrido con el fuego.

—¿Y te gusta coser?

Alice entrecerró los ojos aún más y frunció el ceño con fuerza.

—No me gusta coser, ni cantar, ni tocar el pianoforte. Tampoco me gusta dibujar, ni hacer construcciones, ni escribir cartas.

—¡Bueno, bueno! Pues entonces, ¿qué es lo que te gusta hacer?

Reflexionó durante un momento sin dejar de fruncir el ceño, hasta que, por fin, relajó el gesto.

—Me gusta cavar.

—¿Cavar? ¿Te refieres a cavar en la tierra?

Asintió.

—Y nadar.

—¿Nadar? —repitió. ¿Es que había alguna chica en el mundo a la que le gustara nadar?

—Sí. Y correr —añadió a modo de conclusión, torciendo un poquito la boca en una media sonrisa—. Igual salgo corriendo detrás del carruaje y no paro hasta llegar al mismísimo Londres.

—Eres una chica bastante peculiar. —Fenton dirigió la mirada hacia Warren House, más allá de los árboles. Tenía que volver rápido a su habitación si es que quería fingir que estaba allí, durmiendo la siesta, cuando se inició el fuego.

—Ya lo sé —confirmó ella, suspirando—. Es lo que dice todo el mundo. A veces soy demasiado estúpida y otras demasiado áspera. Parece como si nunca fuera capaz de comportarme como debo.

—Ser peculiar no tiene nada de malo —afirmó Fenton, con convicción. Él también tenía sus propias peculiaridades que, por cierto, le gustaban mucho, y cada vez más. Representar distintos papeles, en función de sus necesidades o intereses, le hacía sentirse más seguro, al menos en cierto modo. Protegido, aunque no tenía del todo claro de qué tenía que protegerse.

—Me gustaría hacer un trato con usted, señorita Alice.

—¿Qué clase de trato? —preguntó la chica, con tono de desconfianza, al tiempo que lo miraba con atención.

—Bueno... a pesar de que Dios y yo hemos conseguido que la lluvia impidiera los posibles daños colaterales de mi experimento... —Vio como la chica entrecerraba de nuevo los ojos y se apresuró a continuar para evitar que lo riñera de nuevo—, lo cierto es que si mi padre se entera de que he tenido algo que ver con ello, lo voy a pasar mal. No serás una chismosa, ¿verdad?

—Lo que estás diciendo es que, si lo fuera, tendría que sentir vergüenza, por lo que debo mantener en secreto lo que has hecho.

Fenton intentaba plantear el asunto de otro modo, pero la muchacha interrumpió sus pensamientos.

—¿Y qué consigo yo a cambio de permanecer callada?

—¿Que qué consigues?

—Estás intentando negociar conmigo... Mira, tengo dos hermanas mayores. Sé lo que es un trato, y también sé guardar secretos. ¿Qué me ofreces?

—Pues... ¿una golosina?

Otra vez esos ojos entrecerrados.

—Un par de zapatos lisos nuevos, de muy buena calidad. El zapatero de mi madre podría... —repuso él.

La chica arrugó la nariz.

—¡Bueno, bueno! ¿Qué propones?

La niña pensó durante un momento, y después le lanzó una mirada que le hizo desear ser capaz de cumplir lo que le pidiera. En caso contrario, las cosas no irían nada bien.

—Quiero un jardín, solo para mí.

—¿Cómo?

Alice se animó de repente.

—Quiero tener un jardín propio, en el que pueda cavar y plantar lo que quiera, y que mi institutriz no se enfade conmigo. Pero solo para mí. Que no se acerque ni la cocinera, ni el jardinero, ni nadie que me diga qué plantar, ni cómo. ¿Puedes conseguirme eso?

«¿Cómo demonios voy a poder conseguirle semejante cosa?», se preguntó Fenton. Lo pensó y llegó a la conclusión de que quizá no fuera tan complicado.

—¿Y me guardarías el secreto?

Asintió. Y la creyó.

—¿Acaso ya te ha dicho alguien que no puedes tener tu propio jardín? No sería justo que me estuvieras encargando una tarea que sabes que es imposible.

—La cocinera no quiere que pise su jardín después de lo que hice con el romero. Mi padre me dijo que podría tener una parte para mí, pero eso fue hace meses, y ahora se va a Londres

y me ha dicho que no le vuelva a dar la lata con el asunto. —Inclinó la barbilla con gesto de resignación y enfado, de una forma muy parecida a como lo hacía un profesor que Fenton tuvo tiempo atrás y que no estaba muy contento con sus progresos. Después lo miró con gesto serio—. En un jardín hay mucho que hacer, ¿sabes? Mantendría mi mente ocupada y activa, tal como me recomendaste antes.

—Bueno, pues entonces tendrás tu jardín. Yo me ocupo.

La chica sonrió. Fue una sonrisa franca, que dejó ver un pequeño hueco entre los incisivos de arriba y que le iluminó la cara de tal forma que Fenton pensó que algún día llegaría a ser guapa. Extendió la mano.

—Tenemos que estrecharnos las manos. Es la forma de comprometernos mutuamente a cumplir nuestra palabra... Un acuerdo entre una dama y un caballero.

Alice le estrechó la mano con bastante fuerza. Después la apartó y se la limpió en el vestido, como si estuviera ansiosa por librarse de su contacto.

—Y ahora debo marcharme corriendo —anunció Fenton—. Me temo que debo interrumpir esta conversación.

—Pero me conseguirás el jardín.

—Y tú te asegurarás de que mi padre no me da una paliza por haber prendido ese fuego que estaba científicamente planificado.

La chica asintió. Él también inclinó la cabeza rápidamente y salió corriendo del cobertizo. Tenía que recorrer un sendero que bordeaba los árboles por el norte, y después saltar la verja, entrar por la ventana de la habitación, quitarse la ropa húmeda y fingir que había estado echando la siesta hasta que la fuerte tormenta lo había despertado. ¡Ah!, y pensar en cómo conseguirle a la niña un jardín propio.

Capítulo 2

Hasta aquel martes, 11 de marzo, el único encuentro que Alice Stanbridge había tenido con lord Fenton, ese joven de pelo rubio pajizo tan divertido, se produjo durante su visita a la hacienda familiar para la fiesta campestre anterior a la marcha a Londres. Lo sabía porque lo apuntaba todo en su diario personal. Su padre siempre ofrecía una fiesta magnífica en esas fechas, de la que decía que era el primer evento de la temporada. No obstante, Alice sabía perfectamente que solo había «temporada» de verdad si estabas en Londres, en Bath o en Brighton. Él acudía siempre a esa fiesta con sus padres, lord y *lady* Chariton. Alice aún era demasiado joven para participar en el evento junto con los invitados y, por otra parte, los nervios le impedían cantar o tocar algún instrumento como excusa para mezclarse con ellos, así que sus encuentros con el chico se limitaron a las comidas campestres y... a un fuego en la hierba seca del prado cercano al bosque.

No obstante, tras su peculiar conversación de aquella tarde con el joven lord Fenton, buscó cualquier excusa para dejarse ver. Insistió en desayunar con los invitados, pese a que habitualmente se quedaba en la guardería. Se ofreció a pasarle las partituras a Chloe solo para poder estar por las tardes en el salón principal, pese a que siempre prefería estar sola en cualquier otro sitio. ¡Hasta accedió a cantar con sus hermanas! Aunque, eso sí, sin elevar la voz, para no distraerlas, pues Rebeca le había dicho que tenía un oído horrible y su tono hacía que las demás se confundieran.

Cada vez que veía la oportunidad de coincidir con lord Fenton, lo observaba como un halcón. A veces sus miradas se encontraban y el joven sonreía, pero otras parecía un tanto incómodo a causa de su atención. A ella no le importaba que esquivara su mirada. Según su experiencia, la mayoría de los mayores se olvidaban de las promesas que les hacían a los niños. En todo caso, lord Fenton no podía considerarse una persona mayor, pues solo tenía un año más que Chloe. Seguramente recordaría bien lo que suponía estar al albur de lo que desearan los adultos. Quería a toda costa tener su propio jardín, con un huerto. Y había puesto todas sus esperanzas de lograrlo en ese chico. Se decía continuamente a sí misma que él podía hacer que se cumpliera su sueño y por eso procuraba tenerlo a la vista el mayor tiempo posible.

A medida que pasaban los días de la fiesta y el ansiado jardín no llegaba, Alice empezó a pensar en las posibilidades que tenía de recordarle al joven su promesa. Aunque, por desgracia, eran muy pocas. Solo tenía diez años y medio, no le permitían mezclarse con los invitados; y aunque sabía que podía echarle en cara el asunto del fuego, no quería hacerlo. Era un muchacho agradable, y aquella tarde en el cobertizo había hablado con ella de igual a igual, como si tuviera importancia para él, como hablaría con cualquier otra persona. Eso no era ni mucho menos habitual.

Finalmente, el martes alguien llamó a la puerta de la guardería. La institutriz se levantó de la mesa, desde la que había estado guiando y corrigiendo a Alice mientras escribía una carta para su abuela, y abrió.

—¡Ah, hola, lord Fenton! —saludó la señorita Granger, con el mismo tono de voz tontamente edulcorado que utilizaba Chloe cuando hablaba con los chicos.

Antes de que Fenton pudiera decir nada, Alice ya estaba de pie junto a la profesora.

—Buenas tardes, señorita Granger. —El joven se inclinó ligeramente y le guiñó el ojo a Alice mientras se incorporaba. Notó que se le formaba una sonrisa en la boca y apenas fue capaz de mantenerse quieta. Fenton volvió a dirigirse a la institutriz—: Me pregunto si podría excusar a Alice durante una hora, más o menos.

—Bueno... Primero tendría que hablar con el señor Stanbr...

Alice se avalanzó hacia la puerta como una bala. Agarró de la mano a lord Fenton y lo arrastró mientras se dirigía a la institutriz, medio gritando por encima del hombro.

—¡No pasa nada, señorita Granger! ¿Acaso no le ha dicho mi padre que lord Fenton iba a venir a buscarme esta tarde? —Salió corriendo a toda velocidad, y agradeció que el joven ni siquiera intentara detenerla. Por alguna razón sabía que no iba a hacerlo.

Lord Fenton solo la sujetó cuando llegaron a las escaleras. La niña lo miró frustrada.

—Me has conseguido el jardín, ¿verdad?

Por un momento su gesto se volvió pensativo, pero inmediatamente una amplia sonrisa le iluminó las mejillas y le brillaron los ojos azules.

—Pues sí, pero deberíamos comportarnos con un poco más de tranquilidad y decoro. Si no, van a pensar que estamos tramando algo.

«¿Y es que no estamos tramando algo?», pensó Alice. No obstante, asintió y empezó a bajar las escaleras a un ritmo relajado. Un criado esperaba en la entrada trasera. Lord Fenton le hizo una seña con la cabeza. Alice dedujo que debían ir acompañados de una carabina. Cuando se alejaron unos metros de la casa, y con el criado a una discreta distancia, el chico se dirigió de nuevo a ella.

—Tienes que saber que la tarea que me encomendaste no ha sido nada fácil —afirmó, mirándola con gravedad y alzando

una ceja—. He tenido que hablar con varios criados, después con tu padre y, finalmente, otra vez con los criados.

—Pero no te han dicho que no, ¿verdad, lord Fenton? —estalló la niña, incapaz de controlar su entusiasmo—. Porque algún día vas a ser conde y Chloe será condesa, así que quieren que durante tu estancia estés muy a gusto. Por eso se aseguran de que cuando hay algún desplazamiento en carruaje Chloe esté lo más cerca de ti que permita el decoro. Sabía que no te dirían que no. ¡Estaba segura!

Dejó de parlotear al darse cuenta de que lord Fenton ya no estaba a su lado. Se había quedado unos pasos atrás y, con un bufido de frustración, se dio la vuelta para ponerse de nuevo a su altura, lo agarró del brazo con las dos manos y tiró de él. Le pareció que estaba un tanto sorprendido, pero no podía ni imaginarse el porqué. Seguro que él ya había visto ese jardín. Ella era la única que aún no le había puesto la vista encima.

—Chloe tiene quince años —replicó lord Fenton, con tono seco.

—¿Y...? —repuso Alice alzando la vista para mirarlo a los ojos.

—¡Pues que yo solo tengo dieciséis!

—Pronto cumplirás diecisiete —le corrigió.

El muchacho se detuvo de nuevo, obligándola a pararse, y la miró inquisitivamente.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—¿Crees en serio que mis hermanas hablan de alguna otra cosa? Y mi padre, ni te cuento. —Puso los ojos en blanco, dándose cuenta de que no estaba siendo nada formal con lord Fenton, debido a su entusiasmo por la idea de tener un jardín. Pero no podía evitar comportarse así. Tenía diez años, independientemente de que a veces procurara comportarse como sus hermanas mayores; y, sobre todo, le iban a hacer un regalo que

deseaba con toda su alma, si es que conseguía que el condenado lord Fenton se moviera.

—¿Se espera de mí que... me comprometa con Chloe?

—¡Pues claro! —respondió, levantando los brazos. ¿Cómo podía no estar al tanto de lo que era el tema de conversación favorito de sus hermanas?—. ¿Dónde está mi jardín?

—Espera un momento, por favor —repuso él, con aspecto serio—. ¿Cómo voy a comprometerme a los dieciséis?

—Casi diecisi...

—¡Sí, de acuerdo, casi diecisiete, como quieras! —la interrumpió de malos modos, pero inmediatamente se controló—. Perdone mi tono, señorita Alice. Pero es que soy demasiado joven como para comprometerme en matrimonio.

—Bueno, claro, ahora sí que lo eres. Pero también eres el heredero de un título de conde. Cuando te llegue el momento, a los veintiuno más o menos, si ya le has tirado los tejos a Chloe, no sería tan extraño que un caballero de tu rango se case joven. Para entonces ya habrás terminado los estudios de la universidad.

—Jamás he conocido a un hombre de alta cuna que se haya casado a los veintiún años.

—Los tiempos cambian, avanzan —afirmó la niña, pero con un remedo de voz ronca que no se pareció ni lo más mínimo a la de su padre cuando hacía esa misma afirmación. Se aclaró la garganta y volvió a intentar imitar tanto las palabras como el tono de su progenitor—: Y hay muy pocos condes a mano. Mi intención es unir nuestras casas, recuerda lo que te digo.

Lord Fenton miró hacia los árboles. Ella conocía esa mirada: estaba pensando en otra cosa. Y eso era lo último que deseaba. Le agarró de la mano con las dos suyas y tiró de él

—¡Por favor, enséñame mi jardín!

En ese momento la miró y, solo un instante después, su expresión se suavizó.

—A eso hemos venido hasta aquí, ¿no?

Asintió y echó a andar de nuevo. Le explicó que podía ir a ver al jardinero para pedirle lo que necesitara para empezar, pero que no podía hacerse con las plantas que ella quisiera sin preguntarle, y que, si lo deseaba, el señor Jefferies también estaba dispuesto a vaciar una parte del invernadero para que ella la utilizara. La cocinera no se iba a entrometer, pero si Alice conseguía alguna vez hierbas aromáticas o verduras, en caso de que quisiera plantarlas, podía llevárselas ella misma a la cocina. Su padre quería que reservara uno de sus vestidos para trabajar en el jardín y la institutriz le enseñaría botánica y horticultura. Eso era algo que Alice había pedido infinidad de veces. Debía tener claro que si en algún momento empezaba a descuidar el jardín, a perder interés en él, o el asunto se convertía en una molestia para los demás, tendría que dejarlo. Pero si cumplía las normas, hacía las cosas bien y no la distraía de su aprendizaje para convertirse en una dama socialmente aceptable, ese jardín siempre sería para ella, en exclusiva.

Alice prácticamente se bebió sus palabras. Rodearon parte de la valla de piedra y, finalmente, allí estaba: un trozo de tierra marrón, grande y abierto, que parecía fértil y prometedor. Alguien, seguramente el jardinero, lo había limpiado de hierba y de matojos, pues estaba en una zona olvidada de la hacienda Stanbridge.

—Es un espacio de unos quince metros de lado —aclaró él—. Puedes poner piedras en los bordes para delimitarlo. También podrás utilizar las herramientas del jardinero, pero solo los martes y los jueves, y cuando acabes de usarlas tendrás que devolverlas a su sitio.

Alice empezó a recorrer el perímetro del terreno, que ya consideraba de su propiedad, absolutamente asombrada de que lord Fenton se las hubiera apañado para lograr lo que le había pedido, y superando con mucho sus mejores expectativas. Puede que

fuera verdad que los nobles gobernaban el mundo. Cayó de rodillas en la tierra del que iba a ser su jardín y hundió las manos en ella. Estaba fresca y húmeda. ¡Era su tierra!

—Una cosa más... —añadió.

La niña miró hacia arriba, con las manos todavía hundidas. El chico se metió las manos en el bolsillo de la pelliza y sacó un par de guantes de recio cuero negro.

—El señor Stanbridge no quiere que su hija trabaje la tierra con las manos desnudas y se le manchen de negro las uñas, así que tendrás que utilizar guantes y lavarte a fondo con un cepillo cada vez que termines de trabajar.

—¡Guantes de jardinería! —exclamó Alice, poniéndose en pie de un salto y corriendo a arrebatarle los guantes que le ofrecía. Se los puso y, aunque le venían un poco grandes, le parecieron magníficos: gruesos, resistentes y perfectos para la tierra. Después de observarlos al detalle, Alice alzó los ojos hacia el muchacho, que parecía muy contento de sus reacciones. Sintió un extraño deseo de abrazarlo, pero se resistió, limitándose a hacer una rápida reverencia.

—Se lo agradezco mucho, lord Fenton —dijo muy formalmente.

Él le devolvió la cortesía, pero inclinándose tanto que le pareció que se iba a caer hacia delante y moviendo exageradamente la mano en el aire. La niña no pudo evitar reírse con ganas.

—Ha sido un placer —dijo con voz aflautada, como la de una chica. Pero entonces le ofreció el brazo, como hacían los caballeros con las damas cuando paseaban juntos—. Ahora, si me lo permites, te acompañaré al cobertizo del jardinero para ayudarte a escoger las herramientas que necesites para tu primer día de trabajo, ya que hoy es martes. Aunque debo decirte que no voy a ayudarte a cavar. No quiero estropear los bombachos, ¡son nuevos! —Se estremeció teatralmente.

Alice sonrió ampliamente y lo tomó del brazo para guiarlo hacia el cobertizo. El criado todavía los seguía a cierta distancia, y Alice se sintió por primera vez mayor y despreocupada. El hecho de no ir a Londres ya no le producía el más mínimo pesar.

La fiesta terminó dos días después. Algunas familias se dirigieron a sus haciendas, mientras que otras viajaron directamente a Londres, donde ya podrían disfrutar de los eventos del inicio de la temporada y aprovechar que las modistas, las costureras, los sastres y los fabricantes de abrigos de la gran ciudad todavía no estarían desbordados de trabajo. Alice estaba de pie frente a la ventana de la guardería observando como el carruaje de la familia de lord Fenton, con su llamativo escudo de armas, desaparecía por el camino. Tenía entre las manos el par de guantes de jardinería, que ya había utilizado para plantar lavanda y boca de dragón. Nunca se había sentido tan importante como cuando el chico le enseñó la tierra destinada a convertirse en su jardín. Era tan guapo, tan divertido, y se portó de una forma tan amable con ella... Aunque sabía que todo el mundo iba a pensar que era demasiado joven como para estar enamorada, en realidad lo estaba.

El joven corazón de Alice, de diez años y medio, se sentía inundado de amor, no le cabía la menor duda.